



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

JM DAVIES

Recuerdos de anteayer

[Fragmentos]

Edición impresa

JM Davies, *Recuerdos de anteayer* (2013)

En

JM Davies (2013) *Recuerdos de anteayer*. Barcelona: Editorial Mey. (pp. 7, 12-13, 101-102, 121-122).

Edición digital

JM Davies, *Recuerdos de anteayer*

Lola Bermúdez Medina (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Septiembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Recuerdos de anteayer

JM Davies

Uno

¡Anteayer, qué lejos queda en mi mente! ¡Qué difícil recordar e hilvanar las numerosas vivencias de hace tanto o tan poco tiempo... !

Y hoy, tan cerca del presente, quiero escapar de los penosos sucesos del trágico ayer y rememorar las alegres escenas de aquel anteayer lejano y revivir los agradables momentos disfrutados con mi querida abuela, y los agridulces episodios sufridos con la bella Agripina, y las inolvidables anécdotas experimentadas con el böncô, y deshacerme por completo, si tal fuera posible, de las mil insufribles pericias enterradas ya en la densidad del vacío, como las aguas del río escondidas en la profundidad del mar, o el viento de primavera en un rincón incognito del infinito, o la voz del sordomudo en el eterno silencio del universo... ¡Quiero acercarme de nuevo a mi querida abuela, la Agripina de mis amores, el böncô de mis entrañas...!

¡Ah, la abuela Prí! ¡Qué gran mujer! Me encantaba su compañía. Vivía en una pequeña aldea del Barrio de Las Palmas, en San Carlos, en una agradable casita de madera calabó y techado de chapas de zinc, construida con peculiar elegancia y sencillez en un amplio patio de su finca de cacao que cuidaba y administraba con firmeza, como cualquier agricultor de la época. Siempre aparecía jovial y alegre, tanto en días soleados como lluviosos y cuando visitaba la ciudad, le gustaba quedarse con nosotros y nos inundaba con toda clase de golosinas que teníamos que ir escondiendo de mamá si queríamos disfrutar de ellas. Por las tardes, a eso de las ocho, nos obligaba a mi primo y a mí, con siete años y medio y cinco respectivamente, a acompañarla a dar unos paseos largos por el casco urbano y disfrutar del encanto de los múltiples escaparates con sus brillantes luces fluorescentes y la singular delicadeza con que estaban diseñados. Era una bella costumbre practicada por señoras elegantemente vestidas, coloniales y nativas, casadas y solteras, algunas con un marido obligado, otras con sus bebés en sus monísimos carritos adornados con muy buen gusto. Por lo general, nunca sobrepasaban el par de docenas.

Sí, incluso mis padres, muy a pesar suyo, tuvieron que hacernos católicos para satisfacer las exigencias de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana y poder matricularnos allí, por la

calidad de la enseñanza impartida en esa institución. Ellos, protestantes hasta la muerte, por haber nacido y crecido en English Mission del Barrio de Las Palmas de San Carlos y sintiéndose muy orgullosos de ello, se habían dado cuenta sin embargo, de la transformación socio-económica que iban sufriendo aquellos emancipados que se negaban a aceptar la cruda realidad de que España por fin decidía hacerse cargo de sus territorios africanos estacionados en el Golfo de Guinea, retomando su soberanía de los británicos, especialmente en la isla de Fernando Póo. Así, los emancipados criólos más afluentes de antaño, Kinson, Barleycorn, Vivour, Brown, iban cediendo influencia y afluencia a los Jorres. Dougan, King, Collins, Balboa, que decidieron enviar a sus hijos a la península a aprender directamente de la Madre Patria. Nosotros también, afirmaban mis padres, aunque una generación tardía, íbamos a pertenecer a esa oligarquía, seríamos parte de los nuevos amos económicos del país, para lo cual debíamos recibir la mejor educación disponible, empezando desde el parvulario.

Antes de la Misión Católica, y para rellenar nuestro abundante tiempo de ocio, recuerdo los innumerables momentos que mi primo y yo habíamos pasado convirtiendo simples relatos de la abuela en maravillosos cuentos e historietas variadas dejando que la imaginación nos llevara a mundos apoteósicos capaces de existir solo en mentes inocentes.

A pesar de los dos años y medio que nos separaban, éramos como carne y uña, íbamos a todas partes juntos, incluso cuando mamá nos enviaba al mercado, a la carnicería, a la pescadería, a las tiendas de comestibles, Vila y Morante, Santa Creu, los domingos, yendo a la Plaza Shelly a corretear con amiguitos de nuestra edad, o cuando nos sentábamos en esos bancos largos de madera en el patio trasero de la Misión Católica, años antes de nuestro fichaje oficial en esa institución académica, esperando con impaciencia a que se pusiera el sol y que la oscuridad de la noche nos pudiera permitir disfrutar de las proyecciones gratuitas que tan benévolutamente nos ofrecían los padres claretianos sobre Ken Maynard y su caballo Tarzán o ver al mismísimo Tarzán en una jungla tropical volando de liana en liana, siempre con Chita, su chimpancé favorito, a veces con su novia Jane, tratando de rescatar a algún energúmeno y despistado colono, mbwana, de una olla gigante de barro sobre llamas vivas y rodeado de pigmeos, de nariz chata y labios exageradamente gruesos, enrojecidos por su imperdonable afán de seguir siendo caníbales y, como ahora, tratar de preparar con el pobre infeliz del momento un delicioso caldo de mandinga humana. Nunca nos permitían ver el interior de la gigantesca olla, si contenía agua, aceite o especias para ablandar y enriquecer aquel manjar tan delicado y tan ansiado.

Los curas de la Misión Católica eran duros, rígidos e incluso crueles en ocasiones, siguiendo la máxima de "la letra con sangre entra", pero también sabían mantener cierta distancia con algunos de nosotros, el nombre, tal vez.

Me costó bastante memorizar el alfabeto y su uso, mas una vez superado tan gigantesco enigma, iba aprendiendo con bastante facilidad. La lógica del concepto fonético castellano me inspiraba confianza y seguridad. También utilicé esa misma lógica para amaestrar las cuatro reglas aritméticas principales, sumar, restar, multiplicar y dividir.

Comentario [I1]: Afluentes?

Comentario [L2]: ?

Comentario [I3]: sí?

Me encantaba la escuela ahora, veía y entendía los conceptos con bastante claridad y era el único sitio donde podía competir con mi primo y eso me fascinaba. Ahí mismo, durante los recreos en el patio delantero de la escuela fue donde, aún a una edad tan temprana empecé a destacar en el manejo del balón. Por lo visto era bueno en general con los deportes, pero en ese momento sólo el balompié se practicaba en el país. Al principio y gracias a mi edad, pequeña talla y endeble configuración, era uno de los últimos en ser elegido para los mini partidos de quince minutos. Trataban de ignorarme en el campo, los pases iban lejos de mí y mi poca fortaleza física tampoco me permitía ser tan agresivo como a mí me habría gustado, pero el don natural es algo invisible e imposible de ser comprado ni usurpado, y de vez en vez, cuando por azar el balón llegaba a mis pies, ahí se quedaba y justo hasta el momento más oportuno para hacer unos pases precisos para cualquier buen jugador e inverosímiles para alguien de mi edad y fisonomía. ¡Qué agradable notar y saber que ya no era uno de los últimos en ser elegido!

Nueve

Muy de vez en cuando recibíamos cartas a domicilio, la isla era pequeña y casi todo se comunicaba en persona. Cuando un pariente o un amigo cercano se trasladaba a España para continuar con sus estudios había esperar unas cuantas notas donde indicaba toda la majestuosidad de la Península, los rascacielos, la cantidad de coches, la abundante muchedumbre yendo de un lugar a otro sin un rumbo fijo aparente, el metro, el intenso frío de invierno, las playas de verano inundadas de todo tipo de bellezas... Todos mis amigos íntimos seguían en la isla y los parientes trasladados a ultramar llevaban ya bastante tiempo acomodados allí.

Fue mi primo el que me la entregó mano a mano como si fuera un tesoro frágil que debía tratarse con mucha delicadeza.

Miré la cara, una cara mucho más joven del entonces General Francisco Franco Bahamonde, estampada en los sellos. El sobre, con su bordillo especial de minúsculos paralelogramos tricolores reservado para cartas enviadas por avión y al extranjero mayormente llevaba inscrita con una bellísima caligrafía, mi nombre y la dirección de casa.

Mi primo mantenía la mirada fija en mí y yo en mi carta, mientras hacía un esfuerzo titánico para evitar el temblor de mis manos. La emoción y el nerviosismo me hicieron reaccionar como un

zombi, cogí la carta y me quedé ahí, quieto como una estatua. La sonrisa de mi primo, iniciada seguramente para calmarme, tuvo un resultado totalmente opuesto.

– Gracias –le dije con una voz que me salió chillona sin querer.

– Je, je.

Dio media vuelta y se alejó, después de darme una palmadita en la cabeza como si todavía tuviéramos menos de diez años.

Me fui directamente a nuestro dormitorio y cerré la puerta y pasé el pestillo para disfrutar de la intimidad que merecía el momento.

Abrí el sobre cuidándome de que el nombre de la remitente y sus señas quedaran perfectamente intactos y legibles, saqué la carta y mientras la desdoblaba, noté sorprendido la calma y firmeza de mis movimientos. Me tendí entonces en la cama, cerré los ojos por un breve instante y respiré profundamente.

“Hola: Siento haberme tenido que marchar tan de repente sin poder despedirme de ti. ¡Me habría gustado tanto...! ¡No, no de despedirme, tonto, sino de pasar ese momento contigo! Ya sé que no me creerás, pero no te puedes imaginar cuánto tiempo paso pensando en ti, tu alegre compañía, esa sonrisa tan limpia y tan agradable, pero para ser sincera, también echo de menos esos momentos en que te volvía loco con mis incertidumbres. ¡Cuánto me arrepiento de ese episodio de la Punta Fernanda cuando te abandoné en pelotas, ja, seguro que ya tenías todo figurado, lo que les ibas a decir al cabrón de tu primo y al petardo de Leonardo, ja, ja! ¡Me la he tirado, por fin me la he tirado, y todas las guarradas con que culmináis esas falsas epopeyas! Lo siento, pero estarás de acuerdo que fue genial, especialmente la parte de “y no mires, que me da vergüenza”, para poder llevarme toda tu ropa conmigo, ¡qué bueno!, ¿verdad? Seguro que me pusiste a parir. Yendo a casa me tronchaba imaginando los malabarismos que estarías haciendo para evitar ser descubierto en tu monísimo traje de Adán. ¿Encontraste algo para taparte mientras buscabas las zonas más oscuras de la ciudad para llegar a casa? ¡Ja, ja!”

– ¡Putá, más que puta...!

El grito me salió sin querer, dejé de leer, puse la carta debajo de la almohada y de repente, sin poder evitarlo, me vi como por inercia en el cuarto de baño haciendo pis. Entonces apareció en mis labios una sonrisa al recordar la escena de la Punta Fernanda haciendo pis en el mismo sitio que creí haberle visto a Agripina dirigirse para hacer pis.

– ¡Bruja, más que bruja...! – maldije sin enojo.

Volví al cuarto a reanudar mi lectura, más contento, más relajado. Saqué la carta y me tendí de nuevo. Noté que no había echado el pestillo pero preferí quedarme ahí y continuar con mi lectura.

Pero en serio, reconozco que fue una cabronada, por no decir algo más feo.

Comentario [L4]: Minúscula?

Once

Era incuestionable, mi triunfo empequeñecía todos los logros obtenidos hasta el momento por mi querido primo, o Leonardo, o cualquier otro cenizo con alardes conquistadores. Mi euforia era palpable doquiera que fuera y sin embargo, una desazón muy aguda crecía dentro de mí, pues por más que quisiera permanecer al lado de mi adorada Agripina, el destino volvía a dictar el nuevo curso de mi vida. ¡Oh, Agripina de mis ensueños, cómo luchar contra las poderosas e indómitas fuerzas del azar!

Me fui directamente a las oficinas de la Diputación Provincial para solicitar una beca urgente. Sin problemas, mis notas eran excelentes y conocía a todos los encargados de dicha entidad. Dos días, y billete de Iberia de ida a Barajas. ¡La policía! Un salvoconducto de viaje a España, el mismo día. Aún no éramos independientes y no necesitaba pasaporte. Todo preparado en menos de cinco días.

Salí de Santa Isabel, Malabo, a mediados de septiembre.

La misma comitiva que había ido a despedirle a mi primo el año anterior se encontraba ahí en el aeropuerto, con mi querida abuela remplazando al bueno de mi primo. Una escena duplicada, con los llantos de mamá, la obvia despreocupación de papá y su cuñado, y la abuela Prí con la tonelada de consejos y advertencias, todos hechos depositado nuestra fe en ti, no decepciones a tus padres, mira cuánto han sufrido para que hayas podido llegar hasta aquí, y, sobre todo, no nos llenes la casa de *congó mulatos*.

Seriedad en su cara, sonrisa en mis labios, carcajada de Leonardo, más llanto de mamá, total despreocupación de papá y su cuñado.

¡Tuvo que haber sido el cabrón de Leonardo!

De repente vimos la llegada de un microbús y de él empezaron a bajar compañeros del equipo de baloncesto, seis en total y cuatro niñas blancas, Agripina entre ellas. Hasta mi querida señorita se encontraba en el grupo.

Los abrazos, las felicitaciones, los consejos, las risas... Y mi abuela oteando entre ellas para descubrir quién sería la culpable, cuál de ellas acabaría siendo la madre de los innumerables mulatitos que iban a saturar nuestra familia.

Las conversaciones se desparramaban por todas partes y la abuela tan diplomática como siempre.

- ¡Abuela, quiero ser tu nieta!
- ¡No, yo, quiero ser yo!
- ¡Yo soy la mejor para la familia!
- ¡Pero hijas, si todas sois mis nietas!
- ¿Verdad que hacemos una buena pareja tu nieto y yo?

Comentario [15]: Falta algo?

– Claro, y tú también, y tú, todas, pero todavía sois demasiado jóvenes para pensar en eso, todavía tenéis que prepararos para el día de mañana.

Leonardo se tronchaba, ya no me cabía ninguna duda de que lo había planeado todo, mamá, como siempre, sollozando, secándose las lágrimas con un pañuelo blanco, sonándose la nariz con otro similar, papá y su cuñado mirándose los relojes periódicamente. Agripina era la única que no había hablado, la única que llevaba un pañuelo azul para secarse las lágrimas que no podía contener.

El avión iba a salir a tiempo, las despedidas siguieron su curso normal hasta que le llegó el turno a Agripina, ya no pudo contenerse y lo echó todo fuera, y no quería soltarse de mi cuello, y metió su pañuelo azul en el bolsillo de mi camisa, y, paradójicamente, fue la abuela Prí la que se encargó de consolarla.

El vuelo hizo escala en Las Palmas de Gran Canarias antes de aterrizar en Barajas. Me hospedé en casa de una prima de mamá antes de tomar el examen de ingreso del INEF.

Dos semanas más tarde recibí el ansiado telegrama con un simple “apto” y la lista de artículos indispensables para mudarme como interno en la residencia.

Escribí mi primera carta a Agripina mientras vivía con la prima de mamá.

Mantuvimos una correspondencia viva, recordando momentos apasionados, locuras experimentadas, alegrías y desilusiones, toda una gama de episodios agridulces llenos de añoranzas y contados arrepentimientos. ¡Cuántas ganas tenía de volver a verla, tenerla de nuevo entre mis brazos, apretarla contra mi pecho con gran delicadeza, besar sus lágrimas de alegría...!